



Trabajo Fin de Grado

La concepción de lo humano en Virginia Woolf y
Judith Butler

Autora

Carmen Sofía Artigas Ortín

Directora

Elvira Burgos Díaz

Facultad de filosofía y letras
2016

Índice

I.	Introducción.....	3
II.	De la biología a la performatividad.....	5
III.	<i>Orlando</i> , ¿cuerpo o mente?.....	10
IV.	<i>Una habitación propia</i> , una vida propia.....	17
V.	Conclusión.....	24
VI.	Bibliografía.....	27

I. Introducción.

En este trabajo vamos a estudiar a dos autoras y su perspectiva con respecto a la concepción de lo humano. Las autoras son Virginia Woolf y Judith Butler, ambas se cuestionan el porqué de los valores establecidos con respecto al sexo, el género y la sexualidad. La puesta en duda de las normas sociales que nos constituyen como personas que realizan ambas autoras nos va a servir de guía para plantear cuál es el lugar de cada persona en la cultura humana, dependiendo de su cuerpo y sus valores.

Nuestro estudio comenzará por la forma de entender que tienen Virginia Woolf y Judith Butler el sexo, el género y la sexualidad. Observaremos que las autoras muestran diferencias en la manera de comprender estas categorías, no obstante, ambas cuestionan la imposición de valores y formas de vida que la cultura establece de acuerdo con el cuerpo que se supone que se nace; además, critican que la cultura dificulta los cambios personales y elegidos.

En la segunda parte del trabajo, se analizará la obra de Virginia Woolf *Orlando*, teniendo siempre en mente la performatividad, es decir, aplicaremos la teoría de Judith Butler a la crítica del género que hace Virginia Woolf. *Orlando* nos mostrará la facilidad con la que se puede aparentar tener un género u otro si se conocen las convenciones sociales que se le imponen a cada género, mostrándonos la arbitrariedad con la que se han establecido unos valores determinados para cada tipo de cuerpo, escondiendo lo cultural tras lo biológico, en otras palabras, cómo se han naturalizado las normas de género a través del sexo.

En el último apartado, nos centraremos en el reconocimiento de las identidades dentro de lo que consideramos como humano. A través de *Una habitación propia* plantearemos cuáles son las necesidades básicas para que este reconocimiento se dé. Nos detendremos especialmente en el caso de la mujer y de lo femenino y estudiaremos la oposición que ha existido, y todavía existe, para que lo femenino se sitúe al mismo nivel que lo masculino como alternativa de identificación humana.

La relevancia de este trabajo se debe a la importancia que tiene visibilizar el papel central que los valores masculinos tienen en nuestra cultura y sociedad, de esta forma se ve que muchas posibles perspectivas, entre ellas la femenina, han sido ignoradas. La puesta en duda de las categorías de sexo, género y sexualidad tal y como las utilizamos corrientemente para categorizar a los individuos en grupos, nos muestra cómo nuestra capacidad para habitar el mundo depende de las posibilidades de identidad que se nos ofrezcan como inteligibles. Por ello considero que es importante continuar haciendo estudios que pongan en duda la idea de lo normal, de lo establecido, de lo aceptado como correcto.

II. De la biología a la performatividad.

La comprensión del cuerpo ha ido modificándose desde la antigüedad hasta hoy; conforme las sociedades cambian, cambia nuestra forma de comprender los cuerpos y las personas, pero siempre existen categorías que clasifican a los seres humanos constituyéndolos como sujetos y dándoles una identidad. Las categorías son numerosas y distintas, pero todas ellas tienen algo en común, se constituyen por la inclusión y exclusión de las características que se consideran como válidas y no válidas para convertirnos en personas apropiadas para vivir en sociedad. Para este estudio nos van a interesar especialmente las categorías de sexo y género, y en menor medida estará presente la sexualidad. En este primer apartado nos interesa aclarar dónde se encuentra la línea que separa estas categorías y el cambio que se ha producido desde Virginia Woolf hasta Judith Butler.

En primer lugar, tenemos que referirnos a lo que Virginia Woolf entiende por sexo y por género. Ella entiende el sexo como algo biológico, algo natural, mientras que el género sería la parte de nuestra identidad que la sociedad construye a partir de nuestro sexo, apareciendo los hombres y las mujeres como individuos sociales. Esta construcción de las personas en distintos géneros es diferente en cada sociedad y en cada época. Woolf entiende las diferencias de sexo como naturales y las diferencias de género como culturales, lo que la lleva a considerar la posibilidad de la existencia de un sujeto andrógino que independientemente de su sexo biológico muestre características de ambos géneros.

En las obras de la autora que estudiaremos en los posteriores apartados podremos comprobar que su crítica se dirige a poner en tela de juicio las normas de género que limitan las experiencias de las personas en función del cuerpo con el que nacen, al mismo tiempo que nos muestra a través del personaje de Orlando los cambiantes que son las normas de género que nos constituyen socialmente en el transcurso del tiempo y las épocas. Woolf nos muestra cómo el género, la construcción social, se esconde tras el sexo, aparentando ser algo natural. Este encubrimiento de lo social tras lo biológico se hace patente en la división de tareas dependiendo del sexo y el género del individuo:

“Miss” trasmite sexo, y el sexo puede llevar consigo cierto aroma. “Miss” puede llevar consigo el susurro de enaguas, el olor a perfume o cualquier otro olor que sea perceptible al otro lado de la división y que resulte aborrecible. Lo que cautiva y conforta en la casa privada tal vez distraiga y exaspere en la oficina pública. [...] En cualquier caso, como “Miss” es una mujer, “Miss” no estudió en Eton ni en Christ Church. Como “Miss” es una mujer, no es un hijo ni un sobrino (WOOLF, 1938: 83-84).

En este fragmento podemos observar la diferencia de trato entre los géneros y cómo se naturaliza a través del sexo. Virginia Woolf trata de proponer una nueva posibilidad de existencia para las personas, el estar más allá del género. No quiere negar el sexo biológico sino cambiar el género que aparentemente deriva de él para plantear unos nuevos sujetos que vivan y trabajen más allá de la división binaria de los géneros:

Aun así, la primera frase que yo escribiría aquí, dije, acercándome al escritorio y cogiendo la cuartilla que llevaba por título “Las mujeres y la literatura”, es que pensar en la propia condición sexual es una fatalidad para quien se proponga escribir. Es letal ser lisa y llanamente un hombre o una mujer; hay que ser un hombre femenino o una mujer masculina. [...] Para que la mente pueda llevar a cabo el acto creativo es imprescindible la colaboración entre el hombre y la mujer. Debe consumarse alguna forma de unión entre los opuestos. La totalidad de la mente debe estar abierta si aspiramos a experimentar la sensación de que el escritor está comunicando su experiencia de manera plena (WOOLF, 1929: 138-139).

En este fragmento de *Una habitación propia* vemos que para escribir buenas obras es necesario ir más allá de nuestro sexo y género, pensar como seres humanos completos en la unidad y no como seres humanos separados en sexos y géneros. A este respecto podemos plantear a partir de Butler, si este ir más allá del sexo y el género para escribir o trabajar es posible, es decir, hasta qué punto nuestra identidad, nuestra constitución como personas, se puede desligar de nuestro sexo y nuestro género a la hora de realizar actividades como la de la escritura.

En *Orlando*, Virginia Woolf trata de una forma más directa el sexo y el género y es relevante la continuidad del personaje de Orlando en su cambio de hombre a mujer: “Orlando se había convertido en mujer, no es posible negarlo. Pero en todos los demás aspectos Orlando seguía siendo exactamente el mismo. El cambio de sexo, aunque alteraba su futuro, no alteraba en nada su identidad” (WOOLF, 1928: 129). Es importante el uso de la

palabra identidad en este fragmento, puesto que, a pesar de haber cambiado de sexo, la identidad de Orlando no había cambiado, por lo que podemos entender que la identidad está separada, de algún modo, del cuerpo. Esta separación entre cuerpo e identidad es comparable a la de sexo y género, entendiendo el sexo y el cuerpo como algo natural y dado, y la identidad y el género como algo que se construye y desarrolla.

No debemos olvidar la importancia de la sexualidad en relación con el sexo y el género, Woolf no trata la sexualidad de una forma tan directa como el sexo o el género, no obstante, a lo largo de su obra se puede ver una crítica a la forma en que es entendida la heterosexualidad. Por un lado, critica la limitación que supone la maternidad para las mujeres, y el que sean relegadas al ámbito privado. Y por otro lado, en la obra de *Orlando*, nos presenta a un personaje que no cuestiona el imperativo heterosexual directamente, sin embargo, al ser capaz de vivir como hombre y como mujer siendo un mismo individuo muestra que su capacidad para desear no es puramente heterosexual.

Antes de adentrarnos en la perspectiva de Butler con respecto al sexo, el género y la sexualidad, resumamos lo presentado hasta ahora de Woolf. Por un lado, tenemos el sexo como factor biológico que todo individuo posee, por otro lado, tenemos el género que son las características que la sociedad espera e impone a cada individuo dependiendo de su sexo, por último, la sexualidad se une al sexo y al género mediante la imposición de roles sociales a cada individuo de acuerdo con su posición en la relación heterosexual. Woolf critica esta organización social basada en la heterosexualidad por ser causa de la marginación de las mujeres y de que sus deseos sean ignorados. Ahora presentemos la perspectiva de Butler:

El concepto de naturaleza entendido como dato inmediato, incontestable, ajeno, previo, al ámbito de lo cultural, no es el que nos permite aproximarnos al cuerpo butleriano, lo que no impide que ella explícitamente afirme el componente orgánico y material de lo corporal. Apuesta por la desnaturalización pero esto no significa oponerse a la naturaleza sin más, sino incidir en la visibilización de la violencia limitadora que se ejerce sobre las vidas corporales con el argumento de que el cuerpo nace naturalmente dotado de un sexo, al que corresponde de un modo fijo y coherente un género, y dentro del esquema binario femenino-masculino de la matriz heterosexual. (BURGOS, 2013: 205)

En Butler, las líneas de separación entre las categorías se difuminan convirtiéndose en algo inseparable del sujeto. El cuerpo y la identidad ya no se pueden separar, ya no podemos hablar de un sexo biológico y un género social, ahora tenemos un cuerpo que actúa

y sobre el que actúan las normas y convenciones en forma de actos y repeticiones que conforman el cuerpo como sujeto con sexo, género y sexualidad. Este sujeto corpóreo es a la vez sujeto y objeto de la acción:

El poder no sólo *actúa sobre [acts on]* el sujeto, sino que *actúa [enacts]* al sujeto, en sentido transitivo, otorgándole existencia. En tanto que condición, el poder precede al sujeto. Sin embargo, pierde su apariencia de prioridad al ser ejercido por el sujeto, y ello da lugar a la visión opuesta de que el poder es efecto del sujeto, que es algo que los sujetos efectúan (BUTLER, 1997: 24).

El cuerpo se entrelaza con el discurso y con el poder constituyendo un sujeto con una identidad; esta articulación, como hemos dicho, no consiste en la recepción del discurso por el cuerpo de forma pasiva, sino que es el sujeto quien construye y es construido a través del cuerpo y el discurso. La forma de subjetivación de la que nos habla Butler es la performatividad. La performatividad es la reiteración de los actos que materializan el sexo y el género en el cuerpo de acuerdo con las normas de género que definen cómo debe constituirse nuestro sexo, nuestro género y nuestra sexualidad. No existe un sujeto anterior a esta materialización que configura nuestro cuerpo; por lo tanto, no hay un sexo previo a un género, sino que ambos se influyen mutuamente desdibujando la separación entre ambos como categorías independientes. Los cuerpos femeninos y los cuerpos masculinos se constituyen mediante la apelación a las normas y convenciones de la Feminidad o la Masculinidad, pero estas no están representadas por ningún sujeto particular, sino que son el resultado de los actos performativos que promueven en las personas la identificación con una u otra categoría de sexo y género. Butler en su explicación de la performatividad nos dice:

De modo que la performatividad no es pues un “acto” singular, porque siempre es la reiteración de una norma o un conjunto de normas y, en la medida en que adquiera la condición de acto en el presente, oculta o disimula las convenciones de las que es una repetición (BUTLER, 1993: 34).

La performatividad es el acto reiterativo que repite las normas o convenciones de forma continua. En un principio, este acto se nos presenta como algo propio del sujeto que lo performa, por lo que se oscurece su forma de reiteración presentándolo como algo nuevo sin unas convenciones previas que produzcan el acto. Las características del sexo y del género

se esconden detrás de esta apariencia innata, se ignoran las convenciones sociales que nos hacen entender el sexo y el género como lo hacemos, haciéndonos creer que es algo dado.

En Judith Butler la problemática planteada va más allá de la división binaria en sexos y géneros de los sujetos. Si en Virginia Woolf el ideal de persona aparece como la unión de ambos géneros en un sujeto andrógino, en Judith Butler estamos hablando de la pluralidad de sexos y géneros. Para hablar en Virginia Woolf de unión entre el género femenino y el masculino no necesitamos salir del esquema binario, simplemente unimos los opuestos; con Butler la perspectiva cambia, ya no está claro dónde se separan los sexos o los géneros, ya no existe un esquema binario que divida la sociedad, para ella “De cualquier forma que sea, uno debe ser libre de determinar el curso de su propia vida en relación al género” (BUTLER, 2014, 1). Con Butler estamos hablando de quién está considerado como humano, quién tiene un cuerpo reconocido ante las demás personas, qué variantes del sexo, del género y de la sexualidad son aceptadas en la sociedad. Los cuerpos y las identidades de los sujetos son diversas y no todas encajan dentro del esquema de lo humano establecido por las normas. Estas normas son las que determinan la forma de vida de los sujetos, si están dentro o fuera de lo inteligible.

En *Una habitación propia*, Virginia Woolf nos muestra que lo humano está definido por lo masculino, la mujer se encontraría en cierto modo como complemento de lo humano, como potencial reproductivo de lo masculino. Sin embargo, Judith Butler va más allá, ella ya no está hablando en términos de hombre y mujer, sino que tiene presente la amplia gama de cuerpos e identidades que no encajan en ninguna de las dos categorías, y que por lo tanto no pueden tener una vida y una identidad propia según las normas. La sexualidad cobraría una importancia central en este punto, puesto que todas aquellas personas que no aceptan la heterosexualidad como forma de vida parecen no encajar en los estereotipos de género que la sociedad plantea; entonces tenemos que, para encajar dentro del concepto de lo humano, no solamente tenemos que tener un sexo y un género apropiados a la sociedad en la que vivimos, sino que también debemos tener una sexualidad reconocida. Se supone que debemos estar dentro de las normas de identidad para poder ser personas reconocibles:

La cuestión de qué significa estar fuera de la norma plantea una paradoja al pensamiento, porque si la norma convierte el campo social en inteligible y normaliza este campo, entonces estar fuera de la norma es, en cierto sentido, estar definido todavía en relación con ella (BUTLER, 2004: 69).

III. *Orlando*, ¿cuerpo o mente?

En *Orlando*, el personaje principal llena el transcurso de la narración, sufre cambios a lo largo del proceso narrativo y se nos cuenta su evolución, incluso metamorfosea de hombre a mujer. Posee un móvil para sus actos, el deseo, la ansiedad, el miedo, la necesidad, la amistad, o el amor, son los sentimientos los que le obligan a cambiar de circunstancias. Él no lucha contra ellas, se adapta a las nuevas, olvida y recuerda de vez en cuando, no se enfrenta porque *Orlando* no es un héroe, es el antihéroe pasivo zarandeado por las asechanzas de un mundo que no controla, y de un cuerpo que metamorfosea a su capricho. (GUTIÉRREZ, 2000: 3)

Orlando es una obra literaria que nos presenta la perspectiva de Virginia Woolf con respecto al género de forma imaginativa. En esta obra se entremezcla el interior y el exterior, el presente y el pasado, lo femenino y lo masculino, la realidad y la ficción. Virginia Woolf nos está planteando el cambio y el pequeño límite que existe entre ámbitos aparentemente diferentes. *Orlando* es el personaje en el que se entrelazan los conceptos opuestos.

La historia de *Orlando* nos es trasmisida por Virginia Woolf tanto desde el exterior, a través del contexto histórico y cultural, como desde el interior, al mostrarnos los más íntimos pensamientos del personaje. Por otro lado, la historia comienza en la época isabelina para acabar en 1928, año de publicación de la obra, lo que hace de *Orlando* un personaje con más de tres siglos de vida. La realidad y la ficción se entrelazan en esta obra, *Orlando* es una persona que vive tres siglos y habita dos sexos distintos, sin embargo, su historia está narrada en forma de biografía, lo que hace que *Orlando* se nos presente como un posible personaje histórico real.

Mediante este entramado que distorsiona la percepción de la realidad, del tiempo y del sexo, Woolf nos está planteando su crítica a la sociedad de 1928 de una curiosa forma. Nos estamos moviendo en la crítica a las convenciones de género desde la época isabelina,

estamos tratando a un personaje ficticio que posee su propia biografía, pero no es hasta el final de la obra cuando la autora nos dice que nos encontramos en “la medianoche del jueves, once de octubre de mil novecientos veintiocho” (WOOLF, 1928: 301). Esta referencia al presente en la última página de la obra convierte a Orlando en una posible mujer real, es decir, las vivencias de nuestra protagonista podrían ser las de la vida real, de una mujer real en 1928; así es cómo lo que parecía ser una crítica a las convenciones de género del pasado se convierte en una visibilización de las convenciones de género del presente.

La obra de *Orlando* es importante para nuestro trabajo por varios motivos, por un lado, nos va a permitir mostrar el concepto de performatividad de Butler a través de la vida de Orlando, y por otro lado, nos permitirá unir a Orlando con la realidad a través de las personas reales que habitan ambos sexos a lo largo de su vida. Estas personas que no encajan en los sexos establecidos socialmente de forma clara son las que muestran la arbitrariedad de la división en sexos y géneros y la imposición del deseo sexual dependiendo del cuerpo:

Las presuposiciones sobre los cuerpos sexuados, si son de uno u otro sexo, de los significados que se dice les son inmanentes o el resultado de que estén sexuados de una manera dada, de repente se ven significativamente debilitados por los ejemplos que no cumplen con las categorías que naturalizan y estabilizan ese campo de cuerpos dentro de los límites de las normas culturales. Por consiguiente, lo insólito, lo incoherente, lo que queda «fuera», nos ayuda a entender que el mundo de categorización sexual que presuponemos es construido y que, de hecho, podría construirse de otra forma (BUTLER, 1990: 222-223).

Comencemos con la performatividad, Orlando es una representación clara de cómo el género se performa, puesto que siendo una misma persona es capaz de vivir como hombre y como mujer. Como hemos explicado, el sexo es entendido como algo biológico por Virginia Woolf, por lo que podemos afirmar que Orlando cambia de sexo en la obra, pero nos podemos preguntar si de verdad se puede encontrar un cambio de género. Desde las primeras líneas de la obra se percibe a Orlando como un hombre en cierta forma afeminado, no está表演ing una masculinidad clara y definida en todo momento, y cuando su sexo es el de mujer se ve todavía más claro que es capaz de ser tanto hombre como mujer mediante el uso de la ropa y de las costumbres sociales.

En nuestro estudio nos va a interesar especialmente la segunda parte de la obra por presentarnos de una forma muy clara la performatividad, pero antes debemos hacer algunos apuntes sobre la vida de Orlando como hombre para comprender la ambigüedad de este

personaje a lo largo de la obra. “Estaba el muchacho – pues sobre su sexo no podía haber duda, aunque la moda de la época algo hacía por disimularlo – tirando mandobles a una cabeza de moro que pendía de las vigas” (WOOLF, 1928: 15). Orlando comienza como muchacho, se nos dice que no hay duda de ello, pero a continuación se menciona la moda como elemento que disfrazaba el sexo convirtiéndolo en ambiguo. Esta cita es valiosa como primera expresión de la posibilidad de desfigurar el sexo y el género mediante la vestimenta, al mismo tiempo que muestra la fina separación entre los sexos y los géneros y su cambio a lo largo del tiempo.¹ Esta ambigüedad que otorga la moda a los cuerpos se ve también en el primer encuentro con Sasha:

[...] del pabellón de la Embajada Moscovita vio salir una figura que, ya fuera de muchacho o de mujer, porque la túnica suelta y los pantalones a la rusa disimulaban su sexo, le infundió la más aguda curiosidad. Esa persona, del nombre o el sexo que fuera, era de mediana estatura y muy esbelta, y vestía de pies a cabeza de terciopelo color ostra con ribetes de alguna piel verdosa poco conocida. Pero esos detalles quedaban eclipsados por la extraordinaria seducción que irradiaba todo su ser. [...] Cuando el mancebo – porque desdichadamente tenía que ser mancebo, una mujer no podía patinar con tal velocidad y vigor - pasó ruido por su lado, casi en puntas, Orlando estuvo a punto de tirarse de los pelos de rabia; era de su mismo sexo, y por lo tanto vedado a sus abrazos. Pero el patinador se acercó. Las piernas, las manos, el porte eran de mancebo, pero un mancebo no tenía una boca así; un mancebo no tenía esos pechos; un mancebo no tenía esos ojos que miraban como si los hubieran pescado en el fondo del mar. [...] Estaba a un palmo. Era una mujer (WOOLF, 1928: 36-37).

De esta cita podemos deducir varias cosas, en principio tenemos un sujeto sin sexo, puesto que su ropa no nos revela ni su género ni su sexo; posteriormente, tenemos que su capacidad para patinar de forma ágil y veloz presentan este cuerpo como masculino y, por último, con referencia a la sexualidad, este cuerpo solamente está al alcance del amor de Orlando si es femenino. Estas afirmaciones son sobre un mismo cuerpo, por lo que la forma en la que se nos presenta el género es como algo construido. Sobre este cuerpo Orlando cambia su perspectiva en función de la actitud del cuerpo desconocido, es decir, a través de sus actos, de su forma de performar el género. La presencia de los cuerpos y su importancia en la relación con las otras personas también se ve cuando Orlando se convierte en mujer:

¹ Para un estudio más extenso de la importancia de la ropa para performar el género, véase Rongstand 2012, pp. 39-48.

[...] Orlando se había comprado un equipo completo de la ropa que entonces usaban las mujeres, y vistiendo como una joven inglesa de alcurnia la encontramos ahora sentada en la cubierta del *Dama Enamorada*. Es extraño pero cierto que hasta ese momento apenas había pensado en su sexo. Quizá los pantalones turcos que hasta entonces llevó habían servido para distraer sus pensamientos; y las gitanas, salvo en un par de detalles importantes, difieren muy poco de los gitanos. Sea como fuere, sólo cuando sintió que las faldas se le enredaban en las piernas y el galante capitán sugirió, con exquisita cortesía, tender para ella un toldo en la cubierta, coligió con sobresalto las exigencias y privilegios de su posición (WOOLF, 1928: 141).

Orlando, desde su transformación, era consciente de que su sexo era el de mujer, pero no había notado tantas diferencias en su vida al estar viviendo con los gitanos, quienes no remarcaban tanto la diferencia entre los sexos y los géneros. Es cuando la tratan como a una mujer inglesa a bordo del barco cuando se hace realmente consciente del giro que ha dado su vida y de las implicaciones de su nuevo cuerpo. Encontramos de nuevo una referencia a la vestimenta, la ropa que llevaba en su convivencia con los gitanos no era tan limitante a la hora de moverse como las faldas que las mujeres inglesas llevaban, es decir, la forma de presentar el género cambia de una sociedad a otra, y las limitaciones físicas que se adjudican al sexo femenino están muy relacionadas con la clase de ropa que se les impone. Esto lo observamos un poco más adelante cuando Orlando nos dice: “¿podría saltar por la borda y nadar con una ropa así? ¡No! Luego tendría que confiar en la protección de un marinero. ¿Tengo algo en contra de eso? ¿Sí o no?” (WOOLF, 1928: 142).

Hasta aquí hemos planteado la ambigüedad que se puede presentar en el cuerpo de un mismo individuo y cómo se determina el género desde fuera y no desde dentro, desde el propio cuerpo. Hemos podido ver la importancia de la ropa y los actos a la hora de determinar el género y las implicaciones de este en la vida de una persona. Ahora nos debemos preguntar si en la obra estamos hablando de dos Orlandos diferentes o de una sola persona con dos cuerpos distintos que hacen de un mismo entorno dos mundos diferentes.

¿Qué tienen en común las dos etapas de la vida de Orlando? La respuesta sería la literatura, su amor por la escritura es constante durante toda su historia, e independientemente del cuerpo que habite es un lujo prohibido para Orlando. Al comienzo de la obra es un hombre rico que no debería perder el tiempo entre libros y papeles pudiendo dedicarse a la política o a la guerra, en la segunda época de su vida, el ser mujer es suficiente

para que no deba dedicar su tiempo a la lectura y la escritura; aun así, Orlando consigue publicar una obra y obtener cierto éxito. La literatura nos muestra de esta manera un Orlando de sexo neutral en cierta forma, su afán por la lectura y la escritura se mantiene a través del cambio, mostrándonos que los gustos no dependen del sexo ni del género, y que para escribir es mejor la mente andrógina, como defiende Virginia Woolf en *Una habitación propia*.

Por otra parte, la transición de un género a otro en Orlando no es algo instantáneo como sí lo es su cambio de sexo. Orlando va transformándose en una mujer, aceptando lo que su época espera de ella en su nuevo cuerpo poco a poco. El momento en el que afirma ser una mujer se da cuando conoce a su futuro marido, en ese instante Orlando nos dice: “‘Soy una mujer’, pensó, ‘una mujer de verdad, por fin’” (WOOLF, 1928: 231-232). Este intervalo temporal entre el cambio de sexo de Orlando y su cambio de género nos sirve para mostrar que las características de género no se derivan del sexo biológico para Woolf, al mismo tiempo que nos muestra la necesidad del otro sexo y el otro género para reconocer el sexo y el género propio. En la obra Woolf muestra cómo la feminidad sirve para potenciar la masculinidad a través del personaje de Nell. Nell es una muchacha que conoce Orlando tras su transformación en una de sus escapadas vestida de hombre:

Pero, habiendo sido mujer tan poco tiempo antes, sospechó que el apocamiento de la muchacha, y sus contestaciones vacilantes, y su propia torpeza con la llave en la cerradura, y el pliegue de su capa y el desmayo de su mano, todo eran fingimientos destinados a lisonjear su hombría (WOOLF, 1928: 198).

En este fragmento podemos observar cómo las características que se adjudican a cada género sirven para destacar las del otro, es decir, las características femeninas se presentan en forma de reflejo opuesto de las características masculinas que se destacan en su poder. Un poco después de esta escena, Orlando se revela como mujer y entonces la actitud de la muchacha cambia por completo, se nos muestra la diferencia de trato entre las personas dependiendo de su sexo y género. Orlando, que habita los dos polos del género con un solo cuerpo, al ser mujer y travestirse de hombre, nos muestra lo delgada que es la línea entre ambos, así es como la autora nos demuestra que una misma persona puede ser los dos géneros, que no hay ninguna relación directa entre el sexo y el género, más allá de la sociedad y sus convenciones. Orlando también ejemplifica la posibilidad de ser una misma persona incluso al experimentar un cambio de sexo.

En estos ejemplos presentados y a lo largo de la obra en general, Virginia Woolf nos está mostrando la fragilidad del género, puesto que en cada época cambia lo que se espera de los sexos, al mismo tiempo que el tener un sexo u otro no significa que nos vayamos a identificar con las características del género que supuestamente corresponden en todas las situaciones de nuestra vida.

Hasta ahora hemos estado comentando la obra de *Orlando*, por lo que nos hemos estado moviendo dentro del terreno de la ficción, no obstante, en la realidad también encontramos cuerpos e identidades más allá de las de hombre y mujer. La transexualidad y la intersexualidad serían los dos ejemplos más claros de cuerpos e identidades que no encajan en el esquema binario del sexo y el género. Aunque no vayamos a estudiar en profundidad el tema sí que nos parece relevante hacer mención de las personas que no encajan en el esquema social, para ello nos ayudaremos de Judith Butler:

Por supuesto, es interesante considerar, a la luz de las actuales normas de género, por qué una mujer que quiere reducir sus pechos no necesita certificación psicológica, mientras que un hombre que desea reducir el tamaño de su pene probablemente la necesitará. No se presume ninguna disfunción mental en las mujeres que toma estrógenos o en los hombres que toman Viagra. Supongo que esto se debe a que están moviéndose dentro de la norma en la medida en que están buscando mejorar lo “natural”, hacer reajustes dentro de las normas aceptables, a veces incluso mediante la confirmación y el refuerzo de las normas tradicionales de género (BUTLER, 2004: 128-129).

Esta cita se enmarca en un capítulo que Judith Butler dedica a discutir la diagnosis de género. En nuestro trabajo nos interesa puesto que muestra cómo la norma construye nuestros cuerpos, y decide qué formas corporales están dentro de la identidad de género y cuáles no. El cuerpo y la identidad se vuelven indisolubles, se crean cuerpos adecuados y cuerpos inadecuados para la identificación y el reconocimiento. En el caso de la intersexualidad ocurre algo similar puesto que la medicina continúa buscando el “sexo verdadero” de las personas intersexuales, independientemente de que se use la apariencia de los genitales, o los cromosomas, para fundamentar que una persona intersexual pertenece a un sexo o a otro, siempre se trata de encajarla en uno de ellos sin tomar en consideración que su cuerpo pueda no pertenecer a ninguno de los sexos normativos.²

² Para más información sobre relatos de vidas más allá de los sexos normativos, véase Chase, 2005; Foucault, 1985; Butler, 2004, “Capítulo 3. Hacerle justicia a alguien: La reasignación de sexo y las alegorías de la transexualidad”; Fausto-Sterling, 2006, “Duelo a los dualismos”.

La identidad sufre el mismo destino que el cuerpo, se continúa utilizando la identidad de género para la diagnosis de la transexualidad anterior a la modificación corporal, y se continúa educando a las personas intersexuales para que encuentren una identidad de género sólida dependiendo del “sexo verdadero” que se haya determinado para ellas. Tras estudiar la capacidad de Orlando para habitar el mundo como mujer y como hombre y ser capaz de unir ambos géneros en un solo cuerpo, y tras aludir a la realidad de las vidas de transexuales e intersexuales que habitan más allá de la división de los sexos y los géneros nos podemos plantear la pregunta de qué se considera como humano, qué identidades se encuentran incluidas y son reconocidas cuando estamos hablando de vidas humanas.

IV. *Una habitación propia*, una vida propia.

La vida humana se puede caracterizar por ser creadora de un mundo humano, por crear lo que llamamos cultura. El problema se encuentra cuando nos planteamos qué significa pertenecer a “lo humano”, ¿vale simplemente con pertenecer a la especie humana?, ¿significa estar dentro de un lenguaje determinado y crecer dentro de una sociedad?, y lo más importante ¿quién define lo que es humano? Estas son las preguntas que nos vamos a plantear a la luz de las obras de Judith Butler y Virginia Woolf para determinar los cuerpos e identidades que entran dentro de esta categoría, es decir, qué personas tienen derecho a una vida propia. Para esclarecer este asunto vamos a comenzar por estudiar la obra de Virginia Woolf *Una habitación propia*:

El más fugaz visitante de este planeta que encontrara ese periódico no dejaría de observar, aun con este testimonio desperdigado, que el gobierno de Inglaterra era un patriarcado. A nadie en su sano juicio se le pasaría por alto el dominio del profesor. Suyos eran el poder, el dinero y la influencia. Era el propietario del periódico, su editor y su subdirector. Era el ministro de Exteriores y el juez. Era el jugador de cricket; era el dueño de los caballos de carreras y de los yates. Era el director de la compañía que ofrece a sus accionistas unos dividendos del doscientos por cien. Donaba millones a obras de caridad y a universidades que él mismo dirigía. Suspendía en el aire a la actriz de cine. Será él quien determine si los restos de cabello hallados en el hacha son humanos; será él quien absuelva o condene al asesino, quien lo ahorque o lo deje en libertad. Parecía dominarlo todo menos la niebla. Y aun así estaba furioso (WOOLF, 1929: 47-48).

Este fragmento se encuentra dentro de la reflexión sobre por qué los hombres escribían sobre las mujeres desde la ira y no desde la verdad o el conocimiento. Aquí encontramos que todo lo que pasa y se decide en el mundo humano depende del hombre, es dueño y soberano de todo menos del clima, solamente la naturaleza escapa de él, aunque toda la cultura se dirija a dominarla. Lo humano es lo masculino, de acuerdo con Virginia Woolf. El hombre es el ser humano universal y neutral que determina nuestro mundo. De

modo que lo femenino y la mujer quedan relegados a lo no universal, a lo no humano, reproducen lo humano, pero no se encuentran dentro. La identidad femenina sería así la ausencia de identidad humana.

En la obra se nos presenta la pregunta de por qué los hombres escriben desde la ira sobre las mujeres, en realidad ellos ostentan la categoría de lo humano, no tienen motivo aparente para estar furiosos con las mujeres. La respuesta que se nos da es simple, los hombres no tratan de fundamentar la inferioridad de las mujeres desde la realidad, sino que tratan de fundamentar la superioridad masculina desde la necesidad. Lo masculino necesita de lo femenino, pero no como otra posibilidad, sino como no posibilidad, como falta. Es decir, lo masculino se define y sustenta en tanto que superior a lo femenino, en tanto que es lo humano universal:

Las mujeres han servido durante siglos como espejos dotados del mágico y delicioso poder de reflejar la figura del hombre duplicando su tamaño natural. [...] [Los hombres] entran en la sala diciéndose: soy superior a la mitad de las personas que están aquí, y por eso hablan con ese aplomo, con esa seguridad que tan profundas consecuencias ha tenido en la vida pública y tan curiosas notas al margen ha suscitado en el pensamiento privado (WOOLF, 1929: 50-51).

La mujer es el reflejo del hombre mediante la falta y la ausencia, así el poder y la soberanía del hombre se potencian y se fundamentan. La mujer no cuenta con una identidad propia, se define en tanto que ensalza la identidad masculina. La cuestión sería cómo descubrir una identidad femenina propia que no sea un mero reflejo de la del hombre. Con esta identidad femenina propia, la mujer formaría parte de lo humano al mismo tiempo que modificaría nuestra concepción de lo humano. La cuestión es cuál es la propuesta de Woolf³ para comprender esta identidad femenina y cuál tiene que ser la diferencia entre las mujeres y los hombres para evitar que aquellas acepten los valores de estos en su entrada al mundo público⁴:

Sería una lástima tremenda que las mujeres escribieran como los hombres o vivieran como ellos, o se parecieran a ellos, pues si dos sexos no bastan para abarcar la inmensidad y la variedad del mundo, ¿cómo podríamos arreglárnoslas con uno solo? ¿No debería la

³ En *Tres guineas*, Woolf propone la Sociedad de las Marginadas como alternativa femenina de la concepción masculina de la sociedad y la cultura.

⁴ Para una comprensión de *Una habitación propia* desde la diferencia sexual, ver Fuster García, 2010.

educación sacar a la luz y fortalecer las diferencias en lugar de las semejanzas? Porque las semejanzas ya son demasiadas, y si un explorador nos trajera noticias de otros sexos espiados a través de las ramas de otros áboles en otros cielos, nada prestaría mayor servicio a la humanidad, y de paso tendríamos el inmenso placer de ver al profesor X correr en busca de sus varas de medir para demostrar su “superioridad” (WOOLF, 1929: 118).

Virginia Woolf nos habla de cómo dos性es no son suficientes para mostrar todo lo que el mundo nos ofrece, pero, en realidad, en la historia occidental ha bastado con uno solo para construir el mundo humano, aunque esto haya implicado marginar e ignorar muchas de las posibilidades y perspectivas que deberían haber formado parte de la cultura humana; solamente se ha tenido en cuenta la perspectiva masculina del mundo. Al mismo tiempo, es muy discutible si la conquista de los derechos de las mujeres durante este último siglo ha llevado a la aceptación de lo femenino como perspectiva en el mundo humano que modifique nuestra cultura, o si, por el contrario, las mujeres se han ido acercando a la perspectiva masculina, comprendida como humana y universal, para poder formar parte de la sociedad.

Por otro lado, nos interesa de este fragmento la referencia a la posibilidad de nuevos性es y la necesidad del “profesor X” de demostrar su superioridad. Parece que el problema no sería que el explorador fuese capaz de encontrar nuevos性es, sino si la cultura sería capaz de aceptar y reconocer esos nuevos性es como parte constituyente de lo humano. El profesor X no solo trataría de mostrar su superioridad sobre esos otros性es, sino que sería el juez que decidiría si estos性es tienen derecho a la vida y la existencia dentro de la sociedad humana. La transexualidad y la intersexualidad vuelven a servirnos como fundamento para defender que la sociedad intenta abarcar lo diferente dentro de la semejanza, es decir, no acepta que pueda haber cuerpos e identidades más allá del sexo y el género binario, sino que somete a los individuos que caen fuera de esta división obligándoles a entrar dentro de una de las categorías preestablecidas si quieren existir.

Resulta interesante la importancia que Woolf le da a la diferencia sexual en *Una habitación propia*; en *Orlando* habíamos visto que el sexo del cuerpo era bastante independiente del género, no obstante, en *Una habitación propia* se remarca la importancia de la corporalidad para enfrentar y comprender la realidad del mundo. Woolf continúa defendiendo el sujeto de mente andrógina, pero ahora le da mayor importancia a la corporalidad, lo que implica que el sexo ya no es algo ajeno a la identidad de las personas.

El sometimiento de todas las personas a la ley patriarcal de lo humano responde a la necesidad de la superioridad masculina y al miedo a perder su existencia por parte de quienes se encuentran dentro del concepto de “lo humano”. El temor que impide aceptar otras posibilidades y perspectivas como válidas se debe a que se cree que se va a perder la propia soberanía debiendo subordinarse a una nueva ley. En este punto, con respecto a la defensa de lo humano, también es interesante la visión de la homosexualidad, aunque quizá más aceptada que la transexualidad y la intersexualidad como identidades propias, al menos en nuestra sociedad, se considera todavía, no obstante, como una cierta amenaza a la cultura, en especial al concepto de familia.⁵

¿Qué es necesario para que las vidas de los individuos fuera de lo considerado como humano sean habitables? ¿Qué necesita una persona para ser reconocida y poseer una identidad propia? ¿Cómo pueden las personas excluidas de lo humano afectar y modificar esta categoría para ser incluidas? De acuerdo con Woolf podemos decir que necesitan una habitación propia y 500 libras al año para poder colaborar con el desarrollo de la cultura humana desde una identidad propia y reconocida. Esta habitación propia y las 500 libras al año se pueden traducir en un espacio propio en el mundo y libertad económica y de acción:

Así es. La libertad intelectual depende de cuestiones materiales. La poesía depende de la libertad intelectual. Y las mujeres siempre han sido pobres, no sólo en los dos últimos siglos, sino desde el origen de los tiempos. Las mujeres han gozado de menos libertad intelectual que los hijos de los esclavos atenienses. Las mujeres no han tenido ninguna oportunidad de escribir poesía, por eso he puesto tanto énfasis en la cuestión del dinero y la habitación propia (WOOLF, 1929: 143).

Las mujeres nunca han tenido la oportunidad de ganar el mismo dinero que los hombres, de tener la misma independencia económica que ellos, por ello es imposible que hubiesen tenido la misma libertad intelectual. No obstante, incluso si las mujeres consiguen la misma libertad económica que los hombres, se puede plantear si de esto se desprende que tengan la misma libertad intelectual y de expresión que ellos. La libertad económica no hace que las mujeres sean aceptadas como pertenecientes a lo humano, todavía haría falta que los valores de las mujeres fuesen reconocidos como valores humanos e incluidos dentro del concepto de “lo humano”.

⁵ Ver Butler, 2000.

El tener una habitación propia tiene muchas más implicaciones que la económica, estamos hablando de que una persona tenga un espacio en el mundo, que el mundo le reconozca su lugar, un lugar propio y único que nadie trate de invadir. El problema es que ante la posibilidad de dar un lugar propio a las nuevas identidades se plantean algunas cuestiones. ¿Las nuevas identidades son una amenaza para las preexistentes? ¿Hay un máximo de identidades que se puedan aceptar en lo humano? ¿Es la mujer una identidad propia dentro de lo humano? Estas preguntas pueden ser planteadas, pero habría que estudiar los casos concretos de acuerdo con su contexto y su situación.

La mujer es un ejemplo de identidad parcialmente aceptada dentro del concepto de “lo humano”. La necesidad de más mano de obra permitió a la mujer acceder al mundo laboral creando la posibilidad de que reivindicase su identidad como propia una vez había conseguido cierta independencia económica con respecto al hombre, al mismo tiempo, esto le permitió comenzar a crear un espacio propio desde el que expresar sus preocupaciones y necesidades sociales. No obstante, todavía se sigue comprendiendo lo masculino como neutral o genérico, haciéndonos creer que lo femenino es un caso especial, un añadido a lo general. La mujer no ha conseguido todavía incluir sus valores y que se comprendan como importantes en igual medida los masculinos, es decir, como algo específico de la identidad femenina, al igual que los valores masculinos son algo específico de la identidad masculina. Esta inclusión de los valores femeninos en el concepto de lo humano modificará la categoría de lo humano, de hecho ya se está dando este proceso; se puede observar en la existencia de esas mujeres masculinas y esos hombres femeninos que mencionaba Woolf, aunque no implique la desaparición de las mujeres femeninas y los hombres masculinos. Incluso con este reconocimiento y aceptación de la identidad femenina el problema de la inclusión no desaparece, continúan existiendo personas más allá de estas categorías; el concepto de “lo humano” sigue teniendo la necesidad de expandirse para dar cabida a las identidades que defienden otros valores.

Las mujeres han sido una de las identidades que más argumentación han motivado y sobre cuya exclusión más argumentaciones se han desarrollado a lo largo de la historia.⁶ Exceptuando algunos autores y las pocas autoras que consiguieron hacernos llegar sus palabras, la mayoría de los autores han dado por hecho la situación de la mujer como complemento superfluo del hombre, pero al mismo tiempo han visto la necesidad de fundamentar esta inferioridad, o como nos dice Virginia Woolf, de defender su superioridad.

⁶ Ver Woolf, 1929, capítulo 2, para comprender la inmensidad de libros que los hombres habían escrito tratando de fundamentar la superioridad masculina sobre lo femenino.

¿Por qué ha necesitado tanta fundamentación la inferioridad femenina si era algo natural? ¿Por qué continuamos aceptando esta idea? En nuestra sociedad cualquier mujer considera que tiene el derecho a “una habitación propia”, se educa a las mujeres con la premisa de que son “iguales a los hombres” – esto es significativo, ellas se igualan a ellos, no ellos a ellas – pero luego, en la mayoría de los ámbitos, se recurre a su inferioridad para relegarlas a un segundo plano. Un caso claro son las competiciones deportivas, el deporte se separa en sexos por la idea de que las mujeres no pueden llegar al nivel de los hombres.⁷

Podemos decir que si la mujer está más cerca de cambiar lo humano, el modelo neutral, humano, continúa siendo el masculino. Esto nos lleva a volver a las personas que están más allá de “el ser hombre” y “el ser mujer”, ¿tienen estas personas la posibilidad de una habitación propia?, probablemente sí, pero mientras habiten las categorías dadas; como ellas mismas, como identidad más allá del género binario, probablemente no. ¿Por qué no se puede vivir más allá de las categorías aceptadas? Butler nos dice que incluso las personas que parecen estar fuera de la norma de género continúan estando definidas por dichas normas y convenciones. Las personas que se sitúan y viven fuera de las corporalidades reconocidas como válidas habitan vidas no inteligibles, sus identidades no son reconocidas, se encuentran excluidas de lo humano.

Entonces, un sentido importante de la reglamentación es que las personas son reguladas por el género y que este tipo de reglamentación funciona como una condición de inteligibilidad cultural para cualquier persona. Desviarse de la norma de género es producir el ejemplo aberrante que los poderes reguladores (médico, psiquiátrico y legal, por nombrar algunos) pueden rápidamente explotar con el fin de reforzar las razones fundamentales para la continuidad de su propio celo regulador. Por tanto, la cuestión fundamental sigue siendo qué desviaciones de la norma interrumpen el proceso regulador mismo (BUTLER, 2004: 83-84).

Este fragmento se encuentra en *Deshacer el género*, justo antes de hablar de la “corrección” y “normalización” de bebés intersexuales. Como podemos ver, la regulación de nuestros cuerpos e identidades es necesaria para encajar en la sociedad, en la cultura; lo que implica, por un lado, que el cuerpo constituye y es constituido por las categorías aceptadas, y por otro lado, que lo natural debe ser corregido para ser normal en el mundo cultural. Es decir, tanto el género como el sexo se convierten así en categorías culturales o sociales, más

⁷ Ver Fausto-Sterling, 2006, la presentación que esta autora hace del caso de María Patiño y las pruebas de feminidad en las competiciones deportivas.

que desprenderse de la naturaleza. Si habitamos el mundo cultural y no el mundo natural, ¿dónde está el límite de lo habitable?, al fin y al cabo, son las personas las que limitan lo que es cultural, lo que es humano, ¿qué impide que se ensanche el concepto de lo humano?, ¿qué evita que se reconozca todo cuerpo y toda identidad que seamos capaces de imaginar?, ¿por qué regulamos los cuerpos de acuerdo con un sistema binario?

V. Conclusión.

En este trabajo hemos abordado cómo se constituye la concepción de lo humano centrándonos en Virginia Woolf y apoyándonos en las ideas de Judith Butler para mostrar el cambio social que se ha producido en la conceptualización de lo humano desde el comienzo del siglo XX y hasta nuestros días. Para terminar nos queda resumir los puntos clave y lo defendido a lo largo del ensayo.

Hemos comenzado nuestro estudio presentando las diferencias entre Virginia Woolf y Judith Butler en su forma de entender el sexo, el género y la sexualidad. Por un lado, en Virginia Woolf el sexo se entiende como algo dado, biológico y natural; el género forma parte de la identidad de las personas y es construido socialmente utilizando como pretexto que se deriva directamente del sexo biológico del cuerpo; la sexualidad serviría para organizar la sociedad imponiendo los roles sociales a las personas según su cuerpo, puesto que la única sexualidad reconocida es la heterosexualidad. Por otro lado, con Judith Butler, hemos presentado la imposibilidad de separar por completo estas tres categorías puesto que se conjugan de forma singular en la identidad de cada persona. El sexo ya no es algo dado en los cuerpos; si bien Judith Butler no niega la materialidad de los cuerpos, sí que nos dice que son las normas de género, que se reproducen a través de los actos performativos, las que materializan en nuestro cuerpo las características del sexo y el género. La sexualidad también depende de las normas que nos permiten ser sujetos reconocibles, al mismo tiempo que mantiene su papel central en la organización social.

Tras haber sentado las bases para comprender las perspectivas de ambas autoras, con respecto a las categorías centrales de nuestro estudio, hemos podido dirigirnos a poner en práctica estas perspectivas a través de *Orlando*. Esta obra nos ha mostrado que Virginia Woolf está criticando y cuestionando las normas de género y no el sexo de los cuerpos. No hay duda de que para la autora Orlando cambia de sexo pero se puede plantear su género como algo continuo, nunca es un hombre completamente masculino ni una mujer completamente femenina, sino que viaja entre ambas categorías haciéndonos ver que no son estáticas sino que cambian y fluyen tanto en una sola persona como en las distintas épocas y

sociedades. Orlando como personaje también pone en práctica la performatividad de Judith Butler; es capaz de performar ambos géneros desde un solo cuerpo, especialmente cuando tiene un cuerpo femenino. El conocer las convenciones sociales y la moda que cada época impone a los géneros le sirve a Orlando para hacerse pasar tanto por hombre como por mujer. Aunque Orlando sea un personaje ficticio hemos visto que hay vidas reales que también se encuentran más allá de los sexos y los géneros normativos, lo que nos ha permitido aplicar las teorías presentadas a nuestra sociedad actual.

Por último, nos hemos preguntado sobre la posición de los individuos dentro de la cultura humana y qué estamos entendiendo por “lo humano”. Con Virginia Woolf hemos visto que lo masculino era lo neutro y lo universal, es decir, lo humano. También hemos visto el esfuerzo que se realizaba para mantener lo masculino como representante de lo humano y el importante papel que jugaba la negación de lo femenino para esta reafirmación masculina. Nos hemos planteado qué lugar ocupaban las mujeres y sus identidades en la concepción de lo humano actualmente, y hemos llegado a la conclusión de que solamente se habían aceptado sus valores parcialmente, se sigue considerando lo masculino como neutro y universal. A partir de *Una habitación propia* hemos afirmado que para tener una identidad propia que sea aceptada y reconocida como parte de lo humano el primer paso es tener un espacio propio y libertad económica y de acción. Con Judith Butler hemos planteado la importancia de las normas que definen las posibilidades para que las personas sean consideradas como vidas humanas y valiosas, y cómo los poderes reguladores se esfuerzan por someter a la norma todo lo que escapa de ella.

Estas han sido las ideas clave que hemos presentado en nuestro ensayo, ahora estamos en posición de concluir diciendo que resulta paradójico que se acepte el carácter cultural de las identidades pero se niegue la posibilidad de nuevas identidades. La concepción que tenemos de lo humano es demasiado estrecha como para incluir a todas las personas; incluso cuando parece que se ha empezado a abrir nuestra forma de entendernos para dar cabida a una perspectiva algo más fluida y cambiante de las identidades, vemos que la crítica que hizo Virginia Woolf de la dominación masculina hace casi un siglo no es tan diferente de la crítica que hace Judith Butler del binarismo de sexo y género y de su denuncia de la matriz heterosexual en la que se apoya este binarismo. Butler desvela que ambos, el binarismo y la heterosexualidad obligatoria, producen y reproducen la superioridad de lo masculino y la marginación de lo femenino, además de conllevar la exclusión de las subjetividades no binarias y no heterosexuales.

Por ello es necesario continuar interrogándonos sobre los motivos que frenan a la sociedad ante la existencia de nuevas identidades y por qué se teme a estas nuevas identidades presentándolas como una amenaza para las ya establecidas.

VI. Bibliografía.⁸

- BURGOS DÍAZ, Elvira (2013), “Luchas por la libertad: Cuerpos en acción”, *Thémata. Revista de Filosofía*, nº48, julio-diciembre, pp. 203-216.
- (1990), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, Barcelona, 2007, traducción de M^a Antonia Muñoz.
- (1993), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*, Paidós, Buenos Aires, 2002, traducción de Alcira Bixio.
- (1997), *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, Ediciones Cátedra (Grupo Anaya S. A.), Madrid, 2001, traducción de Jacqueline Cruz.
- (2000), “El marxismo y lo meramente cultural”, *new left review*, 2, mayo/junio, pp. 109-121.
- (2004), *Deshacer el género*, Paidós, Barcelona, 2006, traducción de Patricia Soley-Beltran.
- (2014), “La Performatividad del Género: entrevista a Judith Butler”, (entrevista de Cristan Williams), *Transadvocate*.

CHASE, Cheryl (2005), “Hermafroditas con actitud. Cartografiando la emergencia del activismo político intersexual”, en Grupo de trabajo queer (ed.), *El eje del mal es*

⁸ Para las referencias y el orden de la bibliografía se han utilizado los años originales de publicación de las obras de Virginia Woolf y Judith Butler, no obstante, las ediciones de donde hemos recogido las citas son las presentes en la bibliografía.

heterosexual. Figuraciones, movimientos y prácticas feministas queer, Madrid, Traficantes de Sueños, pp. 87-111.

FAUSTO-STERLING, Anne (2006), *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*, Melusina, Barcelona, traducción de Ambrosio García Leal.

FOUCAULT, Michel (1985), *Herculine Barbin, llamada Alexine B.*, selección de Antonio Serrano, Revolución, Madrid.

FUSTER GARCÍA, Francisco (2010), *Feminismo y teoría política en Virginia Woolf: Lectura de Una habitación propia desde el pensamiento de la diferencia sexual*, Lectora, 16: 211-227.

GUTIÉRREZ LÓPEZ, María Asunción (2000), “Virginia Woolf, el fluir de la conciencia”, *A Parte Rei* 9.

RONGSTAND, Marte (2012), *The Representation of Gender in Virginia Woolf's Orlando and Jeffrey Eugenides's Middlesex*, University of Oslo, Spring Term.

WOOLF, Virginia (1928), *Orlando: Biografía*, Alianza editorial, Madrid, 2012, traducción de María Luisa Balseiro.

— (1929), *Una habitación propia*, Alianza editorial, Madrid, 2012, traducción de Catalina Martínez Muñoz.

— (1938), *Tres guineas*, Lumen, Barcelona, 2013, traducción de Andrés Bosch.